

EL MITO PROMETEICO

Mytho es cuento, fabla, fablenda que no leyenda, pues más— y mejor— se habla que no se lee. En la fábula—fabla—latina. Lo que se dice o se cuenta. Y cuenta, lector.—Si. Ya se que me vas a decir no sé qué de Unamuno, de que he leído y se me ha quedado ese vocativo—lector—que te salta y te asalta. ¿Y qué? ¿Acaso no es cierto? ¿No eres tú solo el que me lees, sin más compañía que tú mismo? Porque ni yo estoy presente. Está ahí mi escrito, pero no soy yo. Es algo salido de mí, algo que de mí ha «ex-sistido». Y basta ya de paréntesis, que los dos nos perdemos.—Digo que el cuento, la fabla, el mytho tiene, a veces, más realidad que la propia historia—*historeo*, contar la realidad, de *histor*, el que sabe—. A lo menos, esa realidad conceptual, ideológica, transida de jugo vital, de transcendentalidad pervital. Porque el mytho es transcendente, «caminante—al otro lado» de un mero entretenimiento o del relato simple de una mera realidad. Su valor universal, en tiempo y en espacio, y acaso el mérito extraordinario del mundo griego haya sido el de «mitear», hacer mitos que duran y perduran para todas las épocas y para todas las culturas.

Sólo que en la interpretación de los mythos y fablas no hay más ley que la íntima actitud de cada uno ante ellos. Cada uno de nosotros le interpreta, le «re-crea»—aquí sí que ves a don Miguel a su manera y con perfectísimo derecho. Porque tú, lector, le tienes de hacer de tu capa un sayo, digo de comprender con tu razón las cosas como te parecen. Ni se deben aceptar las que fuera nos impongan, si no están de acuerdo con nuestro propio sentir y con-sentir. Y esto no es libre examen ni cosa que se le parezca. Es pretender que lo que se aprende y comprende se haga sustancia nuestra propia, que en nosotros viva y nos dé vida.

No ha pasado la vigencia del mytho prometeico. Es como todo mytho, universal y transcendente, no sólo por su contenido, sino porque se repite, hoy sobre todo, con una acuciante pungencia. También el Hombre ha robado el fuego sagrado de la erudición y los dioses se han vengado; repítese, más trágicamente que otrora, la confusión babilónica: nadie se entiende, acaso porque encastillado cada uno en su interior torre de aparato crítico, notas eruditas, «addendas et corrigendas», no quiere entender a nadie. Cada uno ha creído tener en sí mismo la sabiduría de un dios. Pero Dios resiste a los soberbios, y el hecho es que se han comenzado a confundir las lenguas.

Prometeo al cabo, con aquel fuego dió a los hombres el poder crear Arte.

¿Pero el de ahora, qué? Al contrario, quita casi la vida. Porque el libro es su mayor enemigo. El libro coge a la vida entre sus pági-

nas y como a los pétalos de una flor, allí la prensa y la reseca, y al fin viene a ser un poco de polvo, que ni siquiera su olor dejó entre las páginas que la «des-vivieron». Pero tú, lector, y yo, queremos vivir, vivir, no des-vivir, no morir entre montañas de erudición, de fichas y de fechas, cuando al otro lado brilla el sol en los pétalos de las rosas. Si acaso, des-vivirnos en otro, u otros, que llevan nuestra carne y nuestra sangre. Y no sólo esto, aunque el seguir yo lo aprendiera de Unamuno—¿acaso las flores brotan por generación espontánea?—, también per-vivir, seguir viviendo, no el recuerdo de los demás, que sería bien poca cosa, sino sobre-vivir nosotros mismos no en nuestras obras ni en nuestros hijos, sino yo, tú, y tú y el otro en nuestra propia realidad personal, y no anegados y confundidos en algún alma ni espíritu universal.

Pero volvamos al mito. Y como en aquel otro, hay en este de ahora un buitre devorador. ¡Oh, la angustia de querer saberlo todo y no llegar siquiera a adivinarlo! Y no es el saber enciclopédico saber clasificado por materias y hasta alfabetizado como los tomos del «Espasa». No. Es ese otro saber, más hondo y más profundo, que intenta llegar a la raíz de las cosas. ¡Pero ah! Que antes que el tronco se ven las copas y las ramas del árbol. Y queriendo aprehender a seguido el tronco, nos perdemos por las ramas que nos lo ocultan, y se hace largo y penoso el trabajo de consultas y notas y y fichas. Luego resulta que nos sale, sin nosotros quererlo, una antología de ajenas opiniones. Porque éste es el gran drama del hombre universitario actual, tanto más agudo cuanto más ha leído. Que no sabe cuáles son sus verdaderas opiniones, o cuáles otras tomó de los libros. ¿No lo habéis pensado nunca? Yo sí. Y he citado: «Fulano dijo ayer en su página !74...»

El libro ha matado nuestra espontaneidad. Ya no soy yo quien piensa, es Unamuno, es Ortega, son mis profesores de Universidad, son las láminas que ilustran los textos con su explicación debajo, son todos juntos que me escamotean y me sacan de mí. ¿Te das cuenta ahora, lector amigo, cuenta conmigo en este gran drama, de cuál es la tragedia? Porque el principal personaje—ahora mejor que nunca personáculos, pues no es siquiera persona—es el libro, y la sombra de Prometeo como *fatum* inexorable. No creas cuando oigas decir a alguien que es esto o lo otro, que lo es de veras. Pregúntale qué autor o qué libro lo dice. Ni creas tampoco en romanticismos. Pura literatura. Tú dí que no hay mejor libro que uno mismo. Que hay que vivir y no que leer. Hoy, la actitud más fecunda consiste, acaso, en, con el menor bagaje libresco, pensar uno con su propio corazón, ser todo espontaneidad ante las cosas. Y, sobre todo, tratar de recordar esa ingenuidad primitiva que tanta falta nos hace, porque nos ahoga entre sus páginas, nos seca y nos deseca la erudición, el querer saberlo todo, el querer llegar al cielo sobre una montaña de libros. Mejor fuera contentarse con salir al campo los días de verano, a preguntar sí o no a los pétalos de las margaritas.

GERARDO G. CAMINO

CORCEL DE GRUPAS AL VIENTO (1)

A mis entrañables amigos del grupo lírico «ARCILLA y PAJARO».

Corcel de grupas al viento
lleva en su lomo tres almas:
Tres pétalos de una rosa
del jardín de la esperanza.

Tres voces de arcilla y lodo,
tres vuelos de arcilla alada,
retoño, brote y arranque
de la canción no olvidada.

Tres fibras de un solo Eterno
latiendo juntas—hermanas—,
que están derramando el néctar
juvenil de sus baladas

por campos tal vez desiertos,
en puertas tal vez cerradas...

El corazón en los labios
y la lira por espada.

Que lanzarán sus clarines
al paso de sus hazañas
con ansias de hacer el eco
tan largo como su andada,

con ímpetu de rescate,
con fiebre de empresas altas,
con luz de mundo en los ojos
y Luz de Dios en la entraña.

Marchando van, caballeros
del corcel de la Esperanza.

JOSÉ MARÍA GIL

(1) Del grupo lírico «ARCILLA y PAJARO».